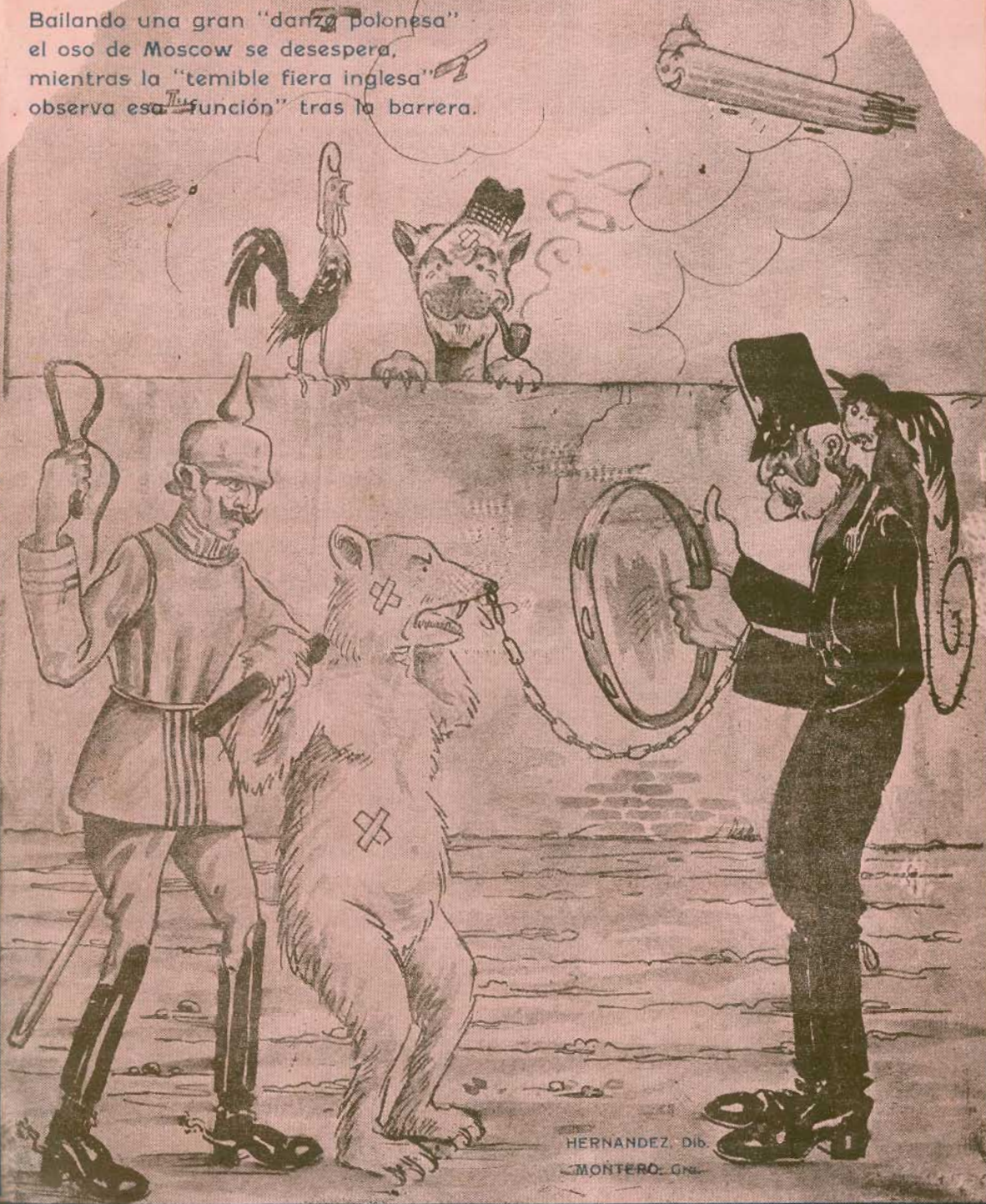


LA ACTUALIDAD EN LA GUERRA

Bailando una gran "danza polonesa" el oso de Moscow se desespera, mientras la "temible fiera inglesa" observa esa "función" tras la barrera.



HERNANDEZ, Dib.
MONTERO, Gr.

De nuestro concurso cultural

Trabajo seleccionado entre 47 recibidos hasta el día 21.

Juan el Triste

¿La memoria de un pobre muchacho "de pañuelo al cuello", de altos sentimientos y alma delicada.

I

Todos los días llega a la granja muy de mañana, con el almuerzo frío en las alforjas. Es un infeliz campesino que aún no lleva vividos veinte años, y que parece, sin embargo, un lirio marchito; tan escuálido y endeble es. Alto, intensamente pálido, con un extraño resplandor en los ojos, caídos y muy negros, padece, sin duda alguna, enfermedad terrible que le va minando, poco a poco, y que da a su ser un aspecto en verdad lamentable.

* * *

Durante el veraneo... la gente de la ciudad ha invadido la granja en alegre temporada. Juan el Triste se pasa largas horas observando aquellas alegrías, aquella vida, imposibles para él (¡pobre campesino!), de diversiones y de amor, de belleza, de locas travesuras entre los enamorados. Ante el pobre muchacho desfilan, una tras otra, las parejas. Doncellas encantadoras vestidas de blanco (como las azucenas) van del brazo de ricos jóvenes gentiles. Juan el Triste los mira, los mira... y a sus ojos apagados asoman algunas lágrimas. ¡Desgraciado Juan el Triste.

* * *

—¿Qué te ocurre que lloras, amigo Juan; quisieras acaso ser como esos?

Juan el Triste me habla con los ojos empañados:

—¿Cómo esos? ¡Oh, no, no quisiera ser como esos. También he amado con todo el corazón, también he sido correspondido. ¡Ay! Dios mío! De aquellos amores que marchitaron mi alma y dañaron mi cuerpo, no conservo sino amargos recuerdos. Por eso no quisiera ser como esos!...

Se acerca el mandador, panzudo, renegando como un condenado:—¡A trabajar, muchacho, *que el tiempo es oro!*

Juan el Triste se interna en el bosque, pensativo y lloroso, sintiendo como su cuerpo enfermo, débil, desgarrada el alma.

II

Ayer tarde fuí a dar un paseo bajo la arboleda... Mi amigo Juan el Triste, fatigado sin duda del rudo trabajo, dormía al pie de un árbol sobre la hojarasca, bajo una sombra protectora y buena. A sus labios pálidos, descarnados, asomaba una sonrisa en que vagaban las caricias de una íntima satisfacción. Soñaba, a no dudarlo, el desgraciado muchacho; ¡ah, sí!, soñaba...

Al acercarme a él, despertó sobresaltado.

—¡Ay, señorito! ¡Qué sueño ha interrumpido usted, qué sueño!... Estaba en un jardín muy grande, rodeado de fuentes, de sauces; sembrado de rosas, de camelias, de alientos. Desde el fondo semioscuro de una enramada me llamaba con ternura mi Carmen, mi Carmen del alma; la que ha sido mi vida, agitando su manecita fina, sonriendo encantadora, entreabierta la boca, que me dejaba ver la hilera blanca de sus dientecillos como perlas; su pecho de alburas redondeadas, palpataba con vehemencia, como si tuviera un gran susto o un gran deseo. ¡Ay Dios mío, qué sueño! ¡Ay, señorito!... Se formó luego otra imagen: era yo, yo mismo; pero ya no tenía los ojos tristes ni apagados, ni estaba pálido, ni parecía enfermo; tenía, por el contrario, coloreadas las mejillas, y era

sano y fornido. Cavaba la tierra lleno de vigor y de alegría, y las gotas de sudor que caían, una a una, de mi frente, fertilizaban el suelo; y las lágrimas que llorara en otros tiempos habían fecundado tanto las eras, que en aquel punto las flores eran más grandes y más vistosas, y las camelias más blancas y los alientos más perfumados...

¡Ay, Dios mío, qué sueño!..., pero todo ilusiones, ilusiones, imposibles ilusiones,—y sonrió amargamente el infeliz.

III

SEMANAS DESPUÉS

Hoy no ha venido a la granja el desgraciado campesino, y es difícil que vuelva. Ha seguido enfermo, muy enfermo; su semblante está más demacrado aún, más flaco su cuerpo, más próximo a la muerte. Ya el médico le ha prohibido salir de la casa, hasta del cuarto, y ahí, en el más oscuro rincón de su dormitorio, tendrá que pasar las semanas, los meses, esperando, esperando... Una idea fija le atormenta como una horrible pesadilla, y va consumiendo su vida, paso a paso: —Carmen ya no lo quiere; Carmen ya no lo quiere! Así le grita desde el corazón una voz melancólica y amarga como la de un oboe, pero él, por un resto de orgullo, de amor propio, de esperanzas, piensa: —¡Oh, no, imposible! Carmen debe amarme todavía; ya llegará, ya llegará, y caerá sollozando de arrepentimiento a mis plantas. ¡Ah!, pero yo entonces la haré ver su ingratitud antes de perdonarla; ¡ah, sí, por cierto que sí! Verdad que ese maldonado de Andrés anda tras ella, pero no es posible que lo quiera. ¿Cómo sospechar que en un mes se olvide el cariño de cuatro años? Si le acepta es por darme celos, sí, sí, por darme celos. Pero vuelve aquella espantosa voz interna, terrible, y melancólica y amarga como la de un oboe.—Obsérvate, Juan el Triste; mira tu figura... Y el infeliz se dice entonces: —¡Oh, no, no, no! ¿Acaso hace un mes no era flaco también, y pálido, y enfermo?...

IV

Anoche estuve dos largas horas con Juan el Triste. Al acercarme a su cama noté que se estremecía. El enfermo sollozaba.

—No llores, amigo Juan, que te pones más malo.

—¡Ay, Dios mío, ay!

—No sufras, amigo Juan, que te empeoras.

Volvióse hacia mí, tendiéndome su mano enflaquecida y huesosa.

—¡Ay, Dios mío, ay! Carmen no ha venido, ni siquiera ha preguntado por mí; por mí, que fui su vida; por mí, que fui su alma. Oígalo bien, señorito; ni siquiera ha preguntado, hasta dicen que me odia, que se avergüenza de haber sido la novia de un infeliz pelele; que se avergüenza, que se avergüenza.

—No lo creas, pobre amigo, no lo creas.

—Y cuentan, además, que está tan enamorada de ese condenado de Andrés!... ¡Ay, Dios mío, ay!

Las lágrimas iban rodando por sus mejillas hundidas...

Su semblante tomó de pronto una expresión que daba miedo; se quedó inmóvil, sentado en la cama, atento el oído, sin respirar casi.

—¿No oye usted?

Oíase en efecto una música alegre, y el golpear rítmico del piso durante la danza, y alegres carcajadas, de cuando en cuando. Eran los mozos y las muchachas del pueblo, que bailaban felices en la casa de enfrente. Sus risas, su alegría, claros exponentes de vida, de salud, le llegaban al alma al infeliz enfermo, y le repercutían en el corazón centuplicada su intensidad. Carmen estaba allí; él conocía su voz y distinguía su risa; aquella misma voz que semanas antes había escuchado a pocos centímetros de su cara, entre amorosas miradas y caricias; aquella misma risa que lo había acompañado a todas partes cuando ella lo amaba. ¡Ah, sí!, él oía sus carcajadas y escuchaba su voz; pero no ya entre palabras de amor sino de desprecio... Y a tales alegrías de

mujer feliz, respondieron sollozos de angustia, salidos del fondo de un corazón enfermo. El pobrecillo escondió la cara entre las almohadas, avergonzado, sin duda, de que yo le viese llorar. Sus sollozos parecían clamores de protesta, dirigidos al cielo. ¿Qué maldad, qué crimen había cometido para ser tan desgraciado?

Aquel llanto se fué transformando, poco a poco, en sonoras carcajadas, carcajadas espantosas, estridentes, carcajadas de loco, terribles, horrendas. Luego, al cabo de unos minutos, la crisis fué cediendo, gradualmente, mientras en sus pálidos labios se dibujaba una sonrisa, sonrisa llena de amargura, plétórica de ironías, que dejó ver la hilera de sus dientes ennegrecidos por las medicinas. Aquella sonrisa se tradujo en una mueca espantosa de despecho.

Mas, de pronto, su faz tomó un aspecto extraño, pero ya no era de desesperación, ni de tristeza siquiera. La sonrisa que entreabría ahora sus labios descarnados, no era ya una mueca de despecho, sino una sonrisa impregnada de ilusiones.

¡—Que ría—dijo—que baile!...—Y comenzó a soñar con los ojos abiertos.

Había seguido peor, peor, hasta morir. Carmen, que no había querido creer nunca que la enfermedad fuese tan grave, estaba allí, junto a su cama, loca, desesperada. Llamábale, en su locura, continuamente, a grandes gritos. Levantábale la cabeza, le besaba en las mejillas, en la boca, pero al ver rodar la cabeza inerte, al ver que no respondía, prorrumpía en grandes exclamaciones de dolor. Había muerto su único, su verdadero amor, y sollozaba arrepentida de haber sido tan ingrata con él... Y ya las risas y el golpear del piso y las carcajadas de su novia, que seguían oyéndose, no le desgarraban el alma, ni le repercutían en el cora-

zón, sino que, por el contrario, le hacían sonreír más y más, convencido de que *entonces*, a su muerte, ella derramaría sobre su cuerpo amargas lágrimas... Y así, con esta última esperanza, se apaciguó un tanto el corazón del pobrecito campesino, y esperó tranquilo el desenlace, que sería el descanso eterno.

V

En la madrugada de ayer, al nacer el nuevo día, murió apaciblemente Juan el Triste, como un pajarillo. Enterráronle hoy, por la tarde, cuando el cielo lloraba gruesas gotas, bajo un aguacero torrencial.

Carmen?... Alguien la invitó para ir a ver el cadáver, pero ella se excusó: ¡Le daban tanto miedo los muertos!... Además, como estaba tan atareada con su próxima boda!... Tenía tres días de comprometida, y le faltaba sólo un mes para ser esposa. ¡Pobre Juan el Triste! Ni una lágrima, ni una flor, y... ¡burlada su última esperanza!!!

VI

ORACIÓN

¡Pobre amigo Juan! Si hubieras sabido que aquel gran jardín rodeado de fuentes, sembrado de rosales, era tu propia alma, cuyas bellezas ignorabas... Si hubieses sabido que el sufrimiento es necesario para que en el espíritu broten las flores, que las lágrimas fertilizan, si lo hubieses sabido, amigo Juan (pobre Juan el Triste), ¡ah!... entonces habrías tenido más resignación. ¡Ay, mi pobre Juanillo! ¡Ay, ilusiones muertas!... Dormid en paz, dormid tranquilas, que por vosotras gimen los pinos en el bosque, y los cipreses siempre verdes del cementerio!...

Dicente Sáenz
(18 años)

San José, agosto de 1915.

